

cana "moderna" —"Dos en la carretera", "Charada" o "Arabesco" bastarían para consagrarlo en este género—, paralelamente a su intervención en los grandes musicales, igualmente "modernos" —"Cantando bajo la lluvia", "Un día en Nueva York" o "Siete novias para siete hermanos" son otros tantos títulos que se definen a sí mismos—. Que ahora se presente una adaptación cinematográfica de la obra de Antoine de Saint-Exupéry, "El pequeño príncipe", firmada por él, basta para conferir a dicha película un interés aporriñístico indiscutible.

Sin embargo, y como ya es clásico en este tipo de adaptaciones, el resultado está lejos de lo imaginado. De un lado, querer reproducir el interés del lector por las imágenes, sin romper ni manchar el contenido más superficial del texto y, por otro, hacer una obra personal que no tiene por qué estar de acuerdo con el sentido aparente de ese texto, forma un conflicto del que difícilmente se sale airoso. La concreción en rostros exactos de personajes imaginados (y, sobre todo, en personajes que, como esta obra literaria, confían en la imaginación del lector) es ya un reto difícil de superar; la selección de sólo algunas páginas, ya que la obra completa alcanza una duración superior a la que la medida "standard" del espectáculo cinematográfico permite, es otro reto que no tiene por qué contar con la anuencia del público. Pero si a eso se añade el querer convertir la obra en una comedia musical (o, al menos, en una comedia donde, de vez en cuando, a los actores les dé por cantar), el disparate —en lo que se refiere a alejarse del texto original que, continuamente, se quiere estar respetando (y ahí están la reproducción de los dibujos, los trajes o los diálogos)— es completo.

Y, en conclusión, la película ni se convierte en una simple ilustración impersonal ni llega a ser una película propia. Ni conserva lo que en el cuento podía haber de interesante (que es una cuestión que aquí no discutimos) ni lo transforma. Creo que hasta el punto de que la película de Dönnen llega a ser casi incomprensible incluso argumentalmente.

Como si se tratara de un compromiso bobo que el director ha querido cumplir friamente sin echar leña alguna al fuego. Para los que sigan creyendo que esta obra de Saint-Exupéry es válida en cualquier sentido, que la si-

gan leyendo. Entenderán mejor de qué va la cosa que viendo esta costosa e inútil película. ■ D. G.

Sacar del túnel del tiempo a Mack Sennett

Después del enorme y bastante inesperado éxito de "El joven-cito Frankenstein" (que propició el estreno de dos películas suyas anteriores, "El misterio de las doce sillas" y "Sillas de montar calientes"), Mel Brooks ha podido afrontar un antiguo proyecto que actualmente parecía inviable: la realización de un film cómico mudo que fuera, al mismo tiempo, un homenaje a la memorable línea que comenzase Mack Sennett con la "Keystone" en los años diez, y una continuación de ella medio siglo más tarde de que el sonoro la dejara al margen. Ciertamente, resultaba arriesgado proponer al público de 1976 algo tan lejano de sus hábitos cinematográficos como una película en que los intertítulos volvían a reemplazar los diálogos de los personajes, en que toda la carga cómica o casi toda, pues Brooks juega "con ventaja" sobre sus antecesores al emplear efectos sonoros con que éstos no contaban, venía dada a través de una inventiva visual, en que la expresión de los actores debía encontrar unos recursos mímicos en su mayoría ya arrumbados... Se trataba, pues, de un desafío en toda la regla, cara al que Brooks eligió como vehículo anecdótico precisamente las dificultades para hacer una película muda que encuentra un trío de profesionales del cine, encabezados por un director que arruinó su carrera a causa del alcohol y que busca un éxito con el que recuperar la fama. Así, con un método narrativo tan antiguo como contar el proceso de elaboración de la propia obra (recordemos, con sabor a escuela, el lopedvesco "Soneto a Violante"), el autor de "Young Frankenstein" la dio fin, poniéndole un título bien evidente: "Silent movie" ("Película muda"), que los distribuidores españoles han convertido en "La última locura de Mel Brooks", siguiendo al pie de la letra el mal ejemplo de sus colegas franceses.

Hay que reconocer que, en dicho desafío, su inspirador sale suficientemente airoso. Si ante-

riormente el resorte fundamental empleado por Brooks era el de la parodia respecto a unos géneros filmicos muy codificados (el "western", el "cine de terror"), aquí es la recreación de los mecanismos cómicos antes citados lo que en esencia sustenta la película. Con decreciente fortuna a medida que avanza su proyección y se va perdiendo el "efecto de sorpresa" que hoy origina un film mudo en un marco de exhibición "standard", y excesivamente preocupado Brooks por mantener tal desafío mediante una acumulación de "gags" en ocasiones perjudicial, pues priva a "Silent movie" de otros caminos de comicidad tan importantes como el continuo efecto visual. Queda la parodia para divertirse un poco de la imagen pública de las estrellas invitadas a participar en el film. Pero subordinada al objetivo principal de sacar del túnel del tiempo a Mack Sennett. ■ F. L.

TEATRO

Homenaje catalán a Lorca

En Sitges, en el mismo local donde se desarrollan sus periódicas Semanas de Teatro, se celebró un nuevo homenaje a Federico García Lorca. Aunque entre los participantes no faltaron escritores y actores nacidos fuera de Cataluña, como fue el caso de Antonio Bueró Vallejo y de Victoria Rodríguez —el primero con un poema propio, la segunda con otro del alicantino Miguel Hernández—, el acto estaba sustancialmente concebido como un homenaje de las letras y del teatro catalán. Los textos de Salvador Espriu y Joan Oliver y la presencia de Rosa María Sardá, Laly Soldevila, Nuria Espert, Enrique Majo y Adolfo Marsillach, entre otros, definen claramente el contenido de un homenaje cuya razón de ser explicó José María Castellet en su intervención prologal. Y en el que —y esto conviene subrayarlo por lo que luego se verá— tanto el con-

tenido de las intervenciones como la personalidad de los participantes respondió a una inequívoca dignidad.

Aquí mismo, con ocasión de publicarse "García Lorca en Cataluña", de Antonina Rodrigo, comentamos ampliamente, y en términos muy parecidos a los que empleó Castellet, la relación ejemplar, la curiosidad recíproca, que existió entre el poeta granadino y la ciudad de Barcelona. Desde los recitales de Lorca en el Ateneo Popular hasta su amistad con diversos escritores y artistas catalanes de la época, pasando por la representación de sus obras —alguna de las cuales, como "Doña Rosita la soltera", conoció el estreno absoluto sobre un escenario barcelonés— y las numerosas ocasiones en que se refirió, cordial y positivamente, a Barcelona, son muchos los capítulos que revelan la personalidad de un escritor profundamente abierto a la realidad cultural de Cataluña. Lo cual —y fue muy coherente que Castellet recordara también las poesías gallegas de Lorca— cobra, en esta hora de afirmaciones largo tiempo amordazadas, una singular significación e importancia. La obra y la personalidad de Lorca adquirirían en este punto, justamente por haber eliminado el conflicto de las lenguas, hasta merecer el respeto de quienes escribían en catalán siendo él uno de los más grandes escritores en lengua castellana, un valor político ejemplar. De ahí el desfile de actores sobre un escenario de Sitges, leyendo una serie de poemas y de textos —muchas veces en catalán— dedicados a homenajear la memoria del granadino. De ahí el sentido de la bandera de las cuatro barras cruzando la sala repleta de gentes reunidas para recordar a Federico...

Todo había discurrido normalmente, entre la atención y los aplausos de un público de clase media. Sólo periódicamente, sin perturbación ninguna del acto, habían caído sobre el patio de butacas algunas docenas de octavillas arrojadas desde el piso alto. En los últimos minutos, sin embargo, surgió un incidente. Apareció una bandera republicana. Alguien —supongo que la autoridad— conminó a quienes la exhibían a que la retirasen. Se produjo el consiguiente revuelo y un muchacho fue detenido. La grabada voz de Margarita Xirgu cerró el acto —que había ordenado escénicamente Al-